

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

INTRODUCCIÓN

Los bisontes forman parte de nuestra historia. Antes de su extinción, ocurrida hacia el decenio de los ochenta en el siglo XIX, transitaron innumerables y desde tiempos remotos por territorios que serían nombrados Alaska, Canadá, Estados Unidos y México. Con respecto a este último país los espacios geográficos del bisonte americano están irremediabilmente ligados a los avatares de una tierra que se convertiría, después de milenios de ocupación humana y animal, en el Septentrión novohispano, luego en el norte de México hasta el año de 1848, y finalmente, en el nuevo norte que marcó el río Bravo después de esa fecha.

Cuando los europeos descubrieron el Nuevo Mundo, encontraron numerosísimos bisontes en su vasto norte. En sus dos subespecies, conocidas ahora como *bison* (de las llanuras) y *athabascae* (de los bosques), formaban parte avasalladora de un hermoso paisaje –se ha calculado que eran aproximadamente sesenta millones de cabezas– que tenía marcadas sus huellas. El área donde deambularon en su época de mayor apogeo podemos conocerla mejor si pensamos, completo, el espacio que forman los actuales estados de Alberta, Saskatchewan y Manitoba en Canadá; los estados de Montana, Dakota del norte y del sur, Minnesota, Iowa, Missouri, Luisiana, Wyoming, Nebraska, Colorado, Kansas, Nuevo México, Oklahoma, Texas y Arkansas en los Estados Unidos, y los estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas en México, abarcando en este país, más o menos, hasta la línea imaginaria que marca el Trópico de Cáncer.



La historia de los bisontes es singular, entre otras cosas, por los muchos nombres que han tenido a lo largo del tiempo. Cada nación indígena, por supuesto, le dio un apelativo y lo mismo hicieron los

Europeos entre los siglos XVI y XIX. Lo interesante de estos últimos es que casi todas las denominaciones que tuvieron para ellos partieron de hacer equivalentes a esos animales con las vacas, los toros, los bueyes, los becerros y las terneras de su ganado doméstico, por su pie hendido, sus cuernos, su carne y sus pieles, aunque por ahí les vieran también elementos de león, de camello, de puerco, o de chivato. Fueron “las vacas”, “las vacas de los llanos”, “las vacas de Cíbola”, “las vacas corcovadas”, “el toro mexicano”, o, entre otros muchos, “las vacas cimarronas”, antes de que se generalizara, en el siglo XVII y en tierras de la corona española, el nombre de “cíbolos” o “cíbolas”, en alusión clara a las Siete Ciudades de Cíbola, que buscaron con ahínco y que nunca encontraron en una territorialidad, que, sin embargo, les demostró que eran incapaces de contar los miles y miles de “vacas y toros” que ella contenía.

Este último nombre perduró hasta bien entrado el siglo XIX, período largo en el que convivió con el de “ganados salvajes”, o el de “buey salvaje” que usaron los colonos galos en Nueva Francia, o con el más común de todos, esto es, el de “búfalos”, que impusieron los emigrantes anglos, y que se hizo popular desde el siglo XVIII. Incluso es el nombre que le da no precisamente la ciencia, sino la gran mayoría de los estadounidenses de nuestros días que han hecho de su imagen un ícono y un símbolo de identidad. También, y sobre todo a partir del Siglo de las Luces, este fantástico bovino americano se volvió objeto del mundo de la investigación y del conocimiento científico, adquiriendo a veces el nombre de bisonte, aunque en este ámbito ese no fue su único apelativo, sino a partir del año de 1888, cuando el naturalista David Starr Jordan estableció la clasificación del animal en la especie *Bison* y en la subespecie *bison*, aceptada en nuestros días sin discusión.



Las fuentes que sustentan esta versión no pretenden ser exhaustivas, aunque, por su amplitud y variedad, requirieron varios años de investigación. Proviene, básicamente, de documentos resguardados en algunos acervos españoles, mexicanos y estadounidenses. También de la revisión de una abundante historiografía, incluida la crónica

conventual y misional, y, por supuesto, de la lectura de una no menos importante bibliografía contemporánea, que se ha interesado por el tema desde diferentes ámbitos. En los Estados Unidos, por ejemplo, sobre todo a partir del siglo XX, han aparecido muchos estudios sobre los bisontes, por lo que en ese terreno es donde resulta más necesario ser selectivo. Entre estos, algunos son muy valiosos por el conocimiento zoológico que aportan y a propósito de la etnografía de muchos de los habitantes originales, para los que el bisonte fue un símbolo de abundancia y prosperidad.

Sin embargo, son muy pocos los que se han referido a su historia a partir de documentación novedosa, y muchos menos los que han intentado reunir esa información para todo el espacio y el tiempo implicados, desde su época de bonanza hasta su drástica desaparición. En México tampoco se había reconstruido la historia espacial y de larga duración del mamífero cuadrúpedo con cuernos más grande y más abundante registrado en América. El bisonte tiene una historia que compete sólo a Canadá, otra a los Estados Unidos, y otra a México, aunque otra más, como veremos en las páginas de este libro, que liga a toda el área en un solo acontecimiento espacio-temporal, lleno de vicisitudes y de cambios, haciéndolo un interesante caso de historia compartida. (Véase mapa 1).



Sin duda, los bisontes fueron una de las grandes novedades del mundo descubierto y estuvieron en estrecha relación con la conquista y conocimiento del septentrión americano, incluidos sus mitos y leyendas. No hay historia, crónica o informe que no los mencione, y mucha cartografía señaló, desde el mismo siglo XVI, la vastedad de sus dominios. Una más de sus singularidades es que, como ningún otro animal, fueron descritos por cada cronista con mucho detalle, sin faltar ninguna de las partes de su cuerpo y sus generales costumbres, quizás por su número exorbitante y porque les causaba desazón por considerarlo de aspecto temible, al tiempo que reputaban, como las mejores, su carne, sus pieles y sus lenguas.

En la primera parte doy cuenta en cinco capítulos, que van en orden cronológico, de algunos pormenores importantes ocurridos a

esos animales y a su hábitat a lo largo de cuatro siglos, conforme sucedían asentamientos, expediciones, guerras, alianzas, cambios geopolíticos y territoriales, e imposiciones económicas, comerciales, culturales y religiosas. En la segunda, trato ocho asuntos que complementan el conocimiento de los bisontes y de su historia, sea por la polémica que causan o por las fantasías que han generado en distintas maneras de pensar, tanto religiosas como civiles, no sólo entre los siglos XV y XIX, sino también en nuestros días. Además, está incluida alguna reflexión en torno a la sacralidad de la que el bisonte fue objeto, desde su cacería hasta el significado de sus dones y a la repercusión de la curiosa representación gráfica que los europeos fueron haciendo de los bisontes a medida que los conocieron. Finaliza esta segunda sección con un acercamiento a las características que definirían lo semejante y lo diferente entre los bisontes y los toros domésticos para acercarnos a entender el mundo simbólico, que ambas especies comparten desde su misma diversidad. Dos apéndices complementan esa información: uno recoge muchos de los variadísimos nombres que los bisontes tuvieron en cada período relatado, y el otro registra su presencia en algunos mapas europeos y norteamericanos, producidos al unísono con las noticias de tierras tan magníficas.



Cuando no eran más que un recuerdo, que sólo nutría las viejas historias del oeste –pletóricas de campeones “Búfalos Billes” acumulando el mayor número de cabezas; de colonos indefensos y trabajadores; de aventurados traficantes de pieles; de indios corrompidos y de soldados patriotas liquidando feroces pieles rojas– llegó la tardía conciencia de la necesidad de su recuperación y conservación. El siglo XX marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de los bisontes en la que, poco a poco, se ha ido rehaciendo la especie y los hábitos de su saludable consumo en las mismas tierras –México, Estados Unidos y Canadá– que los compartieron desde que se tiene memoria. En estas páginas se encontrarán trozos de la historia gradual, de uno de los más salvajes exterminios de una especie, que, paradójicamente, fue en ese tiempo narrado de las más generosas con los seres humanos con los que le tocó convivir. (Véase mapa 2).